



CAPÍTULO V

Desde que murió Rosa se muestra admirable en convertir súbitamente pecadores obstinados y en ablandar la pertinacia de corazones endurecidos.

CUÁN grande hazaña sea y cuán grande empresa de la divina omnipotencia la conversión de un pecador, y cuánto excede á la obra de la creación de cielos y tierra, y cuando se debe tener por milagrosa, podrá conocerse por lo que enseñan acerca de esto los santos Padres, especialmente San Agustín y Santo Tomás. Esto supuesto, fijémonos en Rosa, abogada célebre de los pecadores, negociando con Dios su conversión y su vida.

El Padre Presentado Fr. Nicolás de Ahuero, en la carta que como Vicario general escribió á su Provincia del Perú, dándola después á conocer á todos los conventos de América, refiriendo compendiosamente la vida admirable de Rosa, su muerte y prodigios, dice entre otras cosas: «Que con solo tocar el féretro donde estaba su difunto cuerpo, sintieron muchos, varios estímulos de contrición, compungiéndose repentinamen-

te con fervor tan raro, que á voces detestaban su mala vida, se anegaban en lágrimas, se dolían de sus pecados, se humillaban delante de Dios, confesando con llanto los delitos cometidos, oyendo y mirándolo con admiraciones la multitud de pueblo que se hallaba presente. Hubo algunos, que como suele acontecer, siendo de vida relajada y perdida, solo los traía la curiosidad de ver la hermosura de la difunta virgen, acercándose con otros á las andas. Y á la primera vista herida el alma con impulsos soberanos, se hallaron interiormente abrasados y reducidos á dolor verdadero de sus culpas, regaron el rostro con abundantes lágrimas, protestando que volvían con muy distinto espíritu del que habían traído, prometiendo que de allí adelante habían de tratar muy de veras de nueva vida, de ajustadas costumbres y de limpiar su conciencia y conservarla pura. Este fué acaso el fin que tuvo el Padre de misericordias, disponiendo su providencia que estuviese el cuerpo de Rosa en público sin enterrarle, hasta dos días después que exhaló el espíritu, para que sus espinas causasen salud á muchos, hiriendo para sanar; porque como dijo el meliflúo Bernardo: «nunca más felizmente punzan que cuando compungen.»

María de Oliva, madre de la virgen, entre otras muchas cosas que declaró con juramento delante de los Jueces Apostólicos, fué que después de las exequias de su hija viniendo sucesivamente á visitarla muchas personas devotas, á quienes antes no conocía, socorriéndola largamente con limosnas para alivio de las necesidades que padecía, decían que lo hacían por retornar á Rosa los beneficios que por su intercesión habían recibido, mejorando de vida, alegres de verse otras de lo que antes eran, y afirmando que no habían llegado a este feliz estado hasta que imploraron la protección de Rosa, cuyo valimiento con Dios tenían por muy cierto. Y es mucho de advertir que casi se puede tener por mayor prodigio que el espíritu tibio y perezoso en el servicio de Dios, repentinamente cobre bríos

y fervores y trate de perfección, que no el convertirse un alma perdida y estragada, reduciéndose á vida algo ajustada y más advertida. Porque esta conoce su peligro y huye el riesgo manifiesto del infierno; pero aquel como no es su vida perdida, fácilmente se adormece con el halago de la seguridad descuidada y negligente.

Entre otras muchas cosas, es más digna de admiración la que acerca de un pecador insigne declaró como cierto en el proceso el P. Fr. Bartolomé Martínez, Prior del convento de la Magdalena de Lima, que fué en otro tiempo confesor de la virgen. Cierta persona de conciencia desbaratada, ó por mejor decir, sin conciencia alguna, frecuentaba como otros, muy á menudo los Sacramentos, confesaba y comulgaba; pero tan sin fruto, que con la frecuencia de los sacramentos se iba cada día endureciendo más y más y acercándose á paso de gigante al precipicio del infierno. En toda su vida había hecho confesión que no fuese sacrilega, jamás había dicho con integridad sus culpas, y por largos años estaba podrida en el cieno asqueroso de sus pecados. Ibanse amontonando las maldades unas sobre otras; parece que el remordimiento de la conciencia había hecho callos en este miserable y que cada día se endurecía más en su obstinada malicia, hasta llevar su impiedad al extremo del menosprecio de su salvación. Cuando vivía tan olvidado de sí no faltó un alma piadosa que compadecida de su miseria le encomendó muy de veras á Rosa, que hacía poco que estaba en el sepulcro. Al punto que corrió por cuenta de la virgen, como si despertara de un letargo de muchos años, comenzó á sentir dentro de sí el fluido suave de aquel vientecillo apacible y poderosísimo con que Dios sopla y alienta en los corazones obstinados, haciendo que se ablanden y se derritan como fácil y blanda cera. Horror grande tuvo el infeliz de sí mismo, cuando mirándose con ojos desapasionados, se reconoció hundido en el laberinto cenagoso y sin salida á que le había reducido su estragada vida. Pero la divina misericordia junta-

mente con punzarle vivamente con agudos estímulos de penitencia le infundía confianza firme de salvación eterna. ¿Qué más puede decirse? Hizo confesión general de toda su vida con amargo dolor y verdadero arrepentimiento, sin callar ninguna de las maldades innumerables, feísimas y horrendas que había cometido; y el temor de Dios redujo á tal ternura y delicadeza la conciencia, antes tan endurecida y tan llena de callos, que ya de allí adelante le hacían gran sentimiento los excesos más mínimos y se le representaban muy enormes, obligándole á que sin tardanza los confesase y tratase de enmendarlos de veras.

El mismo Padre en el mismo examen declaró con juramento, que le constaba, no sólo por la experiencia de muchos á quienes había confesado, sino también por relación fidedigna de otros confesores, que grandes pecadores, así en Lima como en todo el reino del Perú, habían mudado de vida y salido de abismos intrincados de gravísimas culpas implorando la intercesión de Rosa, después que se fué á los cielos; y que arribando al seguro puerto de la penitencia y haciendo enteras confesiones con pesar y lágrimas, habían limpiado sus almas. Tiempo antes había depuesto lo mismo ante los jueces el P. Antonio de la Vega Loaisa, de la Compañía de Jesús, Comisario que fué del Santo Oficio y Rector en varios tiempos de diversos Colegios, el cual advirtió que debía ponderarse con singular aprecio, que este género de beneficios en bien de las almas, se debía computar entre los argumentos de santidad, más relevantes y eficaces, según los santos Padres. Lo mismo confirmaron en el tribunal, firmándolo de su nombre el Padre Fr. Francisco Nieto, y el P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que fueron confesores de la virgen. Concuerta en todo con ellos el P. Fr. Pedro de Loaisa; y añade á lo dicho dos cosas dignas de toda advertencia. Es lo primero: Que pocos días después que murió la virgen fué tanta la multitud de estas conversiones que en Lima faltaron repentinamente, por ser tantos los

compradores, disciplinas, ceñidores de cerdas y cilicios de varios géneros y hechuras, donde quiera que se vendían estos instrumentos de mortificación y penitencia. Lo segundo: Que entre los muchos que en aquella ocasión mejoraron de vida, conocía este Padre dos mujeres escandalosas, muy enredadas entre los laberintos con que suelen las culpas públicas enmarañar las almas y embarazar las conciencias. Y que ambas dejaron su ruin trato, llevadas de la fama de Rosa y que arrepiñéndose por los ruegos poderosos de la virgen, rompieron varonilmente los nudos con que estaban presas y fijaron el pie constante en el camino de la virtud. No se pudo en la averiguación de estos prodigios, obrados en beneficio de las almas, bajar á nombrar en particular las personas que los recibían, ni era decente; como cuando influían en la salud de los cuerpos. Baste decir que los ministros del sacramento de la Penitencia, así en Lima como en todo el Reino, comunicándose unos con otros, quedaron asombrados, viendo tanta reformation de costumbres y tanta mudanza en el pueblo desde aquel día feliz en que Rosa colocada en el ameno Paraíso de su Esposo, comenzó á hacer el oficio de abogada de su patria. Era espectáculo digno de consideración ver que las mujeres más amigas de aplauso y más profanas, dando de mano á los trajes pomposos y á las galas escandalosas, se vestían, así dentro de casa como saliendo á ser vistas, con moderación y honestidad; que en los claustros de los religiosos, en llegando la noche, hacía guerra la penitencia á la pereza, y tibieza del espíritu, por medio de sangrientas disciplinas; y que en todas partes se hallaban cercados los cofesonarios de penitentes compungidos. Finalmente fué este nuevo prodigio tan notorio al vulgo y tan estupendo que no dudó afirmar con juramento delante de los jueces que formaron el proceso de Rosa, el P. Fr. Bartolomé Martínez, varón gravísimo, ilustre entre los más excelentes de aquel reino por la fama de religión y piedad, que le parecía que desde el tiempo que se había

conquistado el Perú, introduciendo la fe, no había florecido predicador alguno que con la energía de la voz y fuerza de la predicación, hubiese movido tanto los pueblos á vivir virtuosamente, ni que hubiese avivado en las almas tan universal espíritu de penitencia, ni tan manifiesto incendio de devoción.

Aconteció, refiriéndolo delante de los jueces la mujer del contador D. Gonzalo, que estando dos matronas en conversación amigable, una de ellas cogiendo un librillo, que acaso estaba á mano, vió que en él se contenía sucintamente la vida, obras y muerte de la virgen Rosa. Comenzó, pues, á leerle por curiosidad, oyéndolo su amiga. Pero á la que escuchaba aconteció lo mismo que á los dos cortesanos, que también acaso leyeron la vida de San Antonio Abad. Pues mientras la una por pasatiempo iba leyendo, la otra, como si la fueran infundiendo llamas, se iba encendiendo. Sentía que ya no podía sufrir ni disimular tan desusados y divinos ardores; calló con todo eso por no interrumpir la inflamada dulzura que percibía de lección tan gustosa y de tanto provecho. Pero entre tanto fué creciendo la llama de la caridad y no pudo ocultarse más el interior incendio. Comenzó á gritar aquella mujer, á pesar de que no estaba acostumbrada á derritirse y ablandarse en cosas de Dios. Admiráronse ambas, que en tan pocas hojas estuviese escondido tan abrasado volcán.

El P. Juan de Villalobos, de la Compañía de Jesús, Rector del Noviciado de Lima, varón muy ejercitado en la mística, refirió de sí mismo en el tribunal de los jueces, que él se había hallado presente cuando muy cercana á la muerte despedía ya Rosa los últimos alientos de la vida; y que logrando esta buena ocasión, había pedido muy en secreto á la moribunda que en viéndose con su Esposo en el tálamo celestial, le alcanzase un don singular que él tenía entonces oculto en su pensamiento. Sin embarazo, ni duda le prometió la virgen estando agonizando, que haría lo que deseaba: «Y poco

después de haber espirado, decía el Padre, conocí por indicios manifiestos que se había comunicado maravillosamente á mi espíritu por intercesión de Rosa que gozaba de la gloria, el dón que yo le había encargado.» El contador D. Gonzalo afirma también en el proceso con juramento, que muchas y diversas personas, así regulares como seculares, á las que la virgen en la última agonía había prometido lo mismo, después de su feliz tránsito, habían sentido consuelos sobrenaturales y totalmente divinos, acompañados de luces é ilustraciones interiores, que les hacían amable la virtud y encendían en sus pechos llamas sagradas de caridad y de amor. Eran los presentes que había prometido Rosa enviar en retorno á los que la asistían en su enfermedad estando en los términos de la vida, cuando decía que la estaban llamando para que asistiese al convite opíparo de su divino Esposo. Esto confirman el P. Antonio de la Vega, de la Compañía de Jesús y otros muchos testigos. Pero volvamos ya á tratar de la mudanza que causó Rosa como médico divino ablandando corazones obstinados y rebeldes.

María de Juara, mujer opulenta y rica, aunque era tía carnal de dos hermanos, Francisco y Alejandro de Coloma, estaba tan prevenida contra ellos, que ni siquiera consentía verles delante de sí. Sustentaba Francisco de Coloma á su espensa en la ciudad de Lima, á seis primos y dos primas; pero ni á unos ni á otros mostraba afición la mujer pertinaz y avara. Ni aun se avenía á hablarlos; y lo que más es, cuando hizo testamento no hizo mención de ninguno de los ocho sobrinos, ni les dejó manda alguna, aunque sabía la necesidad extrema que padecían. Sucedió también que les fué forzoso á los dos hermanos Francisco y Alejandro ausentarse de Lima por algún tiempo, dejando tantos necesitados sin amparo y sin remedio. Causaba esto gran dolor á Francisco, y no sabiendo qué medio tomar para no dejar desacomodados á tantos huérfanos, y salir del intrincado laberinto de dificultades que se

le ofrecían, imploró el auxilio de Rosa, que experimentó sin dilación alguna. Fué el caso: «Que Francisco la noche antes de su viaje, delante de una imagen de la virgen, que tenía presente, representó compasivo el miserable estado en que tantos niños quedaban en ausencia suya, rogóla que mirese por ellos, como tan piadosa, tomándolos debajo de las alas de su amparo, intercediendo con Dios, para que como dueño omnipotente de los corazones, ablandase el de aquella incontrastable roca, moviéndola á que mirase por prendas que tan de cerca le tocaban, sin dejarlas perecer de hambre y de necesidad.» Fué admirable el suceso. Al día siguiente muy de mañana mandó llamar la inhumana tía á Francisco de Coloma, á quien ni había visto ni hablado por espacio de dieciocho años. En viniendo le contó cómo había pasado toda aquella noche con inquietud y tristeza, sin dormir un momento, representándose cada instante á sus ojos el miserable estado en que sus sobrinos quedaban después de su ausencia, considerándoles como tan necesitados, como destituidos de todo humano socorro. Por lo cual le rogaba que lo más presto que pudiese los trajese á su presencia y pusiese á sus ojos toda aquella caterva de niños abandonados, porque quería abrazar amorosamente á cada uno de ellos, y sustentarlos en su casa. No paró aquí; trocando ya el rigor de fiera por el cariño de mansa paloma, encargó á Francisco que llamase un escribano, porque quería anular el primer testamento y hacer de nuevo otro en favor de los pupilos. No podía el buen hombre con tantos gozos como sobrevenían en cumplimiento de sus deseos, y venerando, tácitamente en todo lo que veía, la mano bondadosa de Rosa, obedeció pronto y alegre á la tía. Trajo á su presencia la miserable turba de sobrinos, y ella recibió de una vez en su compañía ocho pobrecitos parientes con amorosos ósculos, dulces lágrimas y tiernos abrazos. Derogó el testamento en que los desheredaba, nombró por herederos de su caudal opulento á sobrinos y sobrinas y

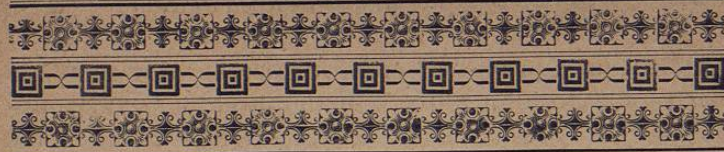
fundó para Francisco, que era presbítero, una capellania de ciento cuarenta pesos cada año, señalando por hipoteca unas casas.

En nada pensaba menos Luisa de Barba, que en tomar el hábito de nuestro Padre Santo Domingo. Algunos veces viviendo Rosa había afirmado al confesor de Luisa, que había de ser dominica y pretender el hábito con diligencias ansiosas. Cuando ella lo supo, oyendo al confesor, comenzó á temer se cumpliese la profecía y aborrecer con todos sus sentidos el hábito; y si tal vez le pasaba por el pensamiento que había de ser religiosa, se asustaba y temblaba. Contradecía con todo su espíritu y endurecía el corazón para resistirse. En este ínterin pasó Rosa de esta vida á la otra, y como si la muerte del profeta fuera sepultura del vaticinio, comenzó Luisa á perder el miedo, asegurándose de que nunca podría ni solicitarla ni vencerla este propósito; juzgando que era más fácil verificar las fingidas transformaciones de los poetas, que suceder esta mudanza en su persona, cuando estaba tan firme el corazón en no admitir el estado religioso. Pero engañóla la certeza de su pertinacia y fiar tanto de su resistencia. Porque luego que murió la virgen fué decayendo la furia y el vigor de aquel propósito, desvaneciéndose como humo el horror tan antiguo que tenía al hábito religioso y se abrieron muy de voluntad en su corazón las puertas para dar entrada á las divinas inspiraciones. Exclamó con Pablo: «Señor, ¿qué quieres hacer de mí? ¿cómo quieres que yo te sirva?» Fuése luego al sepulcro de Rosa, encomendóla muy de veras este negocio, y que alcanzase de su divino Esposo que la diese luz para elegir el estado que más le conviniese para servir á Dios y aprovechar en el camino de la vida eterna. Sin tardanza alguna oyó Rosa á Luisa, y Dios á Rosa, y de repente llovieron sobre su corazón deseos ardientes y peregrinos de vestir el sagrado escapulario de Santo Domingo. Comenzóse á prender fuego espiritual en el alma de Luisa, levantó llamas el deseo y ya no podía

contenerse la afición con que anhelaba lo que siempre había aborrecido: y si antes temía el pensar ligeramente en ser religiosa, ya era incomparablemente mayor el miedo que la molestaba, pensando que se había de retardar, ó irse de entre las manos la oportunidad de verse en tal estado. Atormentábale la tardanza, pareciéndole que no había de acabar de llegar la hora feliz que la pusiese en posesión de lo que deseaba. Así que viendo de lejos á su confesor, le salió al encuentro apresurada, declaróle su pecho y á fuerza de lágrimas consiguió por su medio que se acelerase el favor que pretendía, y que aquel mismo día la recibiesen las Terceras con el nombre de Luisa de Santa María; y en viéndose con el hábito fueron grandes los consuelos que recibió del cielo, sin saber explicar el gozo crecido que le causaba el nuevo estado, y sólo se dolía de haberse tanto tiempo resistido á tanta dicha con obstinado y rebelde corazón.

Luisa de Mendoza, mujer de Alonso González de San Martín, viendo que recién muerta la virgen la celebraban con tan exajerados elogios, negaba el crédito á cuanto se decía, ya porque es de mucho gusto á algunas mujeres contradecirlo todo ó ya porque la dureza de corazón y falta de piadosos afectos la detenía. Al fin, ó no quería ó no podía avenirse á que la tuviesen por santa. Cómo puede ser, decía en su pensamiento, que una doncella frágil, que apenas cumplió 32 años de edad, en tan breve espacio haya conseguido perfección tan subida, como algunos publican? Dónde pudo aprender tantas virtudes, ó donde pudo tener á mano la escala con que sublimarse á contemplación tan estática, la que nació y se crió entre plebeyos, sustentándose con el trabajo de sus manos, que habitó y murió en casa de seglares, no retirada en el desierto de Tebaida, ni recogida en observantes monasterios? Cómo pudo remontarse á tan alto grado de perfección como quieren persuadirnos? Clamaban los milagros, dudaba de ellos Luisa. Aclamaban á Rosa los pueblos, ella se hacía á

todo sorda. A la que así endurecía su corazón para no dar crédito, era forzoso combatirla con más gruesa artillería para reducirla. Acometióla de repente un accidente, tal que juzgó que la cortaban los pies y manos, según lo intenso que eran los dolores que sentía. No bastó esto. Mayor tormento sintió en el espíritu. La cercaron por todas partes tinieblas, temores, sobresaltos, y tempestad confusa de tristeza; y el corazón turbado, como con un terremoto formidable, se quebrantaba. Aquí fué donde finalmente se le abrieron los ojos para conocer claramente que estos paroxismos y pasmos procedían únicamente de la incredulidad pertinaz que tenía en orden á la opinión de Rosa. Y así comenzó á rendirse, á lamentar su dureza; y levantando con temor y reverencia el espíritu á Dios, protestó con sumisión y reconocimiento que creía y de todo corazón confesaba que Rosa era una santa. Con esto súbitamente se quietó la conmoción horrible, púsose en silencio la tempestad, restituyóse á su alma la bonanza y tranquilidad serena. De esta suerte volvía celoso por la estimación y pundonor de su esposa aquel celestial Esposo, á quien el mar y los vientos obedecen. Pero ya es tiempo que dejando de referir beneficios espirituales, tratemos de los que obró curando los cuerpos.



CAPÍTULO VI

Al contacto, olor y veneración de las reliquias de Rosa huyen la muerte, los peligros y las enfermedades.

AUNQUE el P. Antonio de la Vega y Loaisa, de la Compañía de Jesús, en la declaración elegantísima que hizo, repetidas veces, hizo ver á los jueces, que la vida de Rosa, desde la cuna hasta que exhaló los últimos alientos, se había de tener por continuado milagro, con todo eso les pareció que debían proceder más en particular, averiguando las maravillas con que después de muerta resplandeció la virgen en beneficio ajeno.

Ocupa el primer lugar en este capítulo, el haber resucitado una niña de seis meses, llamada Magdalena de Torres. Eran sus padres Gregorio de Torres, labrador, y Juana Micaela. Ambos pasaban la vida en el ejercicio de la agricultura y vivían en la ciudad de Lima. Estando éstos trabajando el año de mil seiscientos veintisiete, por el mes de Octubre, en la heredad de Baltasar de Lacona, que está cercana á la ciudad, enfermó gravemente la niña con recia calentura y después expiró en los brazos de su madre. Nada habían